

el velo sobre su rostro, me preguntó si de aquel modo la reconocería. Petronio contestó en seguida que á nadie le es posible descubrir el sol tras una espesa nube; entonces ella replicó en tono festivo que una vista clara como la mía no podía obscurecerse más que por el amor, y empezó á citar una serie de mujeres romanas para adivinar cuál era entre ellas mi pasión. Yo respondí con la mayor calma, y ella acabó por quitarse el velo y me miró con cierto aire de reto.

»Estoy, en verdad, agradecidísimo á Petronio que, en aquel momento, hizo virar la lancha de modo que la general atención no volvió á fijarse en mí; pues no te oculto que en caso de que hubiera dicho una palabra poco benévola acerca de ti, no hubiera podido refrenar mi cólera fácilmente y hubiera cedido á la tentación de abrir la cabeza con mi remo á aquella mujer perversa.

»¿Recuerdas aún lo que me ocurrió en el lago de Agripa y que te referí en casa de Lino la víspera de mi marcha? Petronio teme por mí y aún hoy me suplicaba insistentemente que no tratase de herir el orgullo de Popea. Pero Petronio no me comprende. No se le alcanza que fuera de ti no existe para mí ningún placer, ninguna belleza, ningún amor, y que á una Popea no podría ofrecerle más que mi desprecio y mi disgusto. Tú has hecho de mí otro hombre, me has transformado tan radicalmente, que á ningún precio podría volver á mi vida de otro tiempo. Pero no temas que aquí me ocurra ninguna desgracia. La Augusta no me ama, porque es incapaz de amar á nadie. Su capricho reconoce por origen su ira contra César que sufre aún su influencia y en el fondo aún la quiere, pero no procura ocultarle de ningún modo sus escandalosas aventuras.

»Te diré una cosa que te tranquilizará por completo. Antes de mi partida Pedro me animó á no temer á César, que no podrá tocarme ni un cabello: y yo creo en él. Una voz del alma me dice que su palabra se cumplirá. ¡Desde el momento en que él bendijo nuestro amor, ya ni César, ni un poder del averno, ni el hado mismo serán capaces de arrancarte de mi corazón, Licia mía! Esta idea me hace dichoso en tal grado que me figuro estar en el cielo, allí donde se goza de la verdadera felicidad. Pero no debo hablarte del hado á ti, que eres cristiana. Quiero decir que el cristianismo no me ha purificado aún, y que mi alma semeja un cáliz vacío que Pablo va llenando poco á poco con la santa doctrina que tú sigues y que por esto me es tan querida. Tú, divina mía, no debes olvidar que vertí todo lo que antes contenía y que ahora, lo mismo que un sediento, trato de llenarlo en una fuente más pura. Esto hace que á tus ojos encuentre gracia.

»En Anzio quiero oír á Pablo día y noche. Desde el primer momento se granjeó tantas simpatías y admiración entre mi gente, que ésta, rodeándole siempre, ve en él no sólo un taumaturgo, sino hasta un ser sobrenatural. Ayer vi pintada en su rostro la alegría. Preguntándole yo la causa, me contestó: «Estoy sembrando.» Petronio sabe que está conmigo, y desea verle, y también Séneca, que supo de él por medio de Galo.

»Las estrellas palidecen, hermosa mía, y la estrella de la mañana aparece más brillante. Dentro de poco la aurora enrojecerá las ondas. Todo calla en torno á mi persona; sólo yo estoy despierto y pienso en mi amor. ¡Te envío un saludo con los rayos del sol, esposa querida!»

XXXVIII

«VINICIO Á LICIA

»¿Estuviste alguna vez en Anzio con Aulo y Pomponia, querida mía? Si no, me agradecerá acompañarte un día y hacerte los honores. Todo el camino que conduce á esta población, desde Laurento acá, es una serie no interrumpida de quintas, á lo largo de la playa; Anzio mismo no es sino una sucesión continuada de palacios y pórticos, cuyas columnas se reflejan en el agua en días serenos. También mi quinta está sobre el mar, mi hermosa quinta con su jardín de olivos y su bosque de cipreses, y cuando pienso que todo esto será tuyo, el mármol me parece más blanco, el bosque más umbroso y el mar más azul. ¡Oh, Licia mía, cuán bella es la vida cuando se ama! El viejo Menicles, á quien tengo confiada la vigilancia y el cuidado de la quinta, plantó lirios entre los mirtos, y al verlos se me presentó á la imaginación la casa de Aulo, el impluvio y el jardín, donde nos sentábamos uno al lado de otro. Estas flores te recordarán tu patria, y estoy por lo tanto seguro de que llegarás á encariñarte con Anzio y nuestra quinta.

»Inmediatamente después de mi llegada, durante la comida, hablé extensamente con Pablo. Hablamos sobre todo de ti y luego él empezó á iluminarme. Le escuchaba atentamente, y sólo puedo decir que, aun sabiendo escribir como Petronio, no estaría en condiciones de explicar lo que aconteció en mi espíritu. No hubiera nunca creído que en el mundo podía darse semejante felicidad, semejante belleza, semejante paz, hasta ahora desconocida por todos.

»Pero de esto trataremos verbalmente, porque, como sabes, aprovecharé el primer momento libre para volar hacia Roma.

»¿Cómo puede la tierra albergar á un mismo tiempo á un apóstol Pedro, á un Pablo de Tarso y á un Nerón? Te pregunto esto, porque la noche siguiente al coloquio con Pablo estuve en la casa de César, y ¿qué dirás que oí? Primeramente leyó él una poesía sobre la destrucción de Troya, deplorando luego no haber gozado nunca del espectáculo de una ciudad incendiada y considerando afortunado á Príamo, á quien había tocado en suerte semejante dicha. Tigelino respondió entonces:

— Di una sola palabra, oh divino, y yo cojo una tea y antes de despuntar la aurora Anzio será una enorme hoguera.

»A lo que César no pudo menos de contestar, burlándose de tal proposición:

— ¿Y adónde iría yo entonces para respirar el aire marino y reforzar la voz que me concedieron los dioses en beneficio de la humanidad? ¿No es acaso Roma la que me debilita, no son las emanaciones de la Suburra ó del Esquilino las que me producen la ronquera? Y los palacios romanos, ¿no ofrecerían por ventura un espectáculo mucho más imponente y mucho más trágico que cuanto pudiera obtenerse en Anzio?

»Siguió á esto una viva discusión; todos convenían en que una ciudad como Roma, presa de las llamas, debía ofrecer un cuadro de un efecto maravilloso; ¡qué inolvidable tragedia ver reducida á un montón de cenizas la gran conquistadora del mundo!

»César declaró que en estas condiciones sus cantos superarían á los de Homero, y se puso á hacer proyectos para la reconstrucción de Roma y á hablar de la admiración de las futuras gentes ante su obra grandiosa y sus creaciones, á cuyo lado todas las demás habían de resultar pequeñas.

— ¡Hazlo, hazlo!, exclamó toda la concurrencia medio ebria.

— Debería tener amigos más fieles y más devotos que vosotros, respondió él.

»Esto me preocupó, lo confieso, porque tú estás en Roma, adorada mía. Ahora me río, porque estoy convencido de que César y sus secuaces, aunque perversos, no se atreverían á cometer semejante locura. ¡Mira, sin embargo, cómo un hombre puede temer por su amor! Yo quisiera que la casa de Lino no estuviera en aquella angosta callejuela del Trastevere, poblada en su mayor parte por gente vulgar, porque á ésta, en casos parecidos, se le guardan muy pocas consideraciones. Si de mí dependiese, los mismos palacios del Palatino no serían morada digna de mi Licia; y por esto quisiera que no te faltase ninguna de las comodidades y ninguno de los cuidados á que te acostumbraron desde tu infancia. Vete con Aulo, Licia mía; he reflexionado sobre esto; si Nerón estuviese en Roma, la noticia de tu regreso podría llegar al Palatino por medio de esclavos, y llamando la atención sobre ti, preocuparte del enojo imperial, por haberte atrevido á desobedecer al César. Pero éste permanecerá largo tiempo en Anzio, y antes de su vuelta los esclavos habrán dejado de hablar de ti. Lino y Ursus pueden seguirte. Por lo demás, yo vivo con la esperanza de que tú, divina mía, antes de que César vuelva á entrar en el Palatino, habitarás tu casa de las Carinas. ¡Bendito sea el día, la hora, el instante en que traspasarás mi umbral! Y si Cristo, á quien empieza á abrirse mi corazón, lo concede, ¡bendito sea también su nombre! Le serviré y daré por Él mi existencia y mi sangre; mejor aún, entrambos le serviremos mientras nos quede un hilo de vida.

»Te amo y te saludo con toda mi alma.»

XXXIX

Ursus sacaba agua de una cisterna, cantando en voz baja una canción de su país y contemplando cariñosamente á Licia y á Vinicio. Los dos enamorados parecían dos blancas estatuas en medio de los oscuros cipreses del jardín de Lino. Ni el más leve airecillo movía sus túnicas, y conversaban con la mayor ternura, teniendo Vinicio entre sus manos las de Licia, mientras el cielo se coloreaba con los más vivos y espléndidos tonos del crepúsculo.

— ¿Y no te causará ningún perjuicio, Marco, haber dejado Anzio sin que Nerón se haya enterado?

— No, querida mía, respondió Vinicio. Nerón manifestó que quería encerrarse dos días enteros con Terano para componer nuevas canciones. Lo hace así frecuentemente y ahora no piensa en otra cosa. Y sobre todo, ¿qué me importa César, si estoy cerca de ti y puedo verte? Deseaba que llegase este momento y en continuo insomnio he pasado muchas noches pensando en ti. A veces, después de un breve sopor, me asaltaba de pronto la pesadilla de que te sobreviniera algún peligro. Una vez soñé que habían sido robados todos los caballos que tengo dispuestos á lo largo del camino de Anzio á Roma, caballos invencibles por su resistencia. ¡En suma, me era imposible estar más tiempo lejos de ti, amada mía!

— Yo sabía que vendrías. Dos veces envié á Ursus á las Carinas por noticias tuyas. Lino se rió de mí y Ursus también.

Era evidente que ella le esperaba, pues en lugar del oscuro vestido que usaba á diario, lucía una delicada estola blanca, entre cuyos graciosos pliegues resaltaban la hermosa cabeza y los rosados brazos, como resaltan entre la nieve las hermosas prímulas; algunas anémonas le adornaban los espesos cabellos.

Vinicio llevó á sus labios la mano de la joven, sentándose luego ambos sobre un banco de piedra, á la sombra de una parra. Silenciosos contemplaban la purpúrea luz del sol en el ocaso, cuyos últimos rayos deslumbraban sus ojos. El encanto de la hora vespertina les envolvía en resplandores infinitos.

— ¡Qué silencio reina aquí y qué bello es el mundo!, murmuró Vinicio muy quedo. La noche cercana se anuncia con sus místicos silencios. ¡Oh, cuán feliz me siento! ¿Y no sabes por qué, Licia mía? Yo no hubiera nunca sospechado que pudiera existir un amor semejante. Antes creía que el amor no era más que fiebre de la sangre, y ahora, en cambio, reconozco que puede amarse con toda calma, respirando tranquilamente, sintiendo luego un bienestar infinito, como si el sueño y la muerte meciesen el alma en éxtasis dulcísimo. Yo no me doy cuenta cabal de lo que por mí pasa. Si miro la calma que parece aletear en toda la creación, se me representa como la manifestación de todo mi ser. Ahora creo verdaderamente en una felicidad ignorada por mí hasta el presente, ahora comprendo la paz de tu alma y de la de Pomponia. ¡Sí! ¡Es Cristo quien os la concede!

Licia apoyó la cabeza sobre el pecho del joven, diciendo:

— ¡Oh! ¡Marco mío!

Y no pudo decir más. El reconocimiento, la alegría y la seguridad de que no existía ya barrera alguna que los dividiese le apagaban la voz y sus ojos se inundaron de lágrimas de felicidad. Vinicio ciñó con sus brazos la graciosa figura de Licia y la atrajo hacia sí.

— ¡Licia! ¡Bendito sea el momento en que por vez primera oí pronunciar el nombre de Cristo!

— ¡Cuánto te amo!, respondió la doncella con voz casi imperceptible.

Y callaron otra vez, porque sus corazones embriagados no encontraban palabras dignas de expresar la fuerza del sentimiento que les unía. La claridad de la luna iluminaba el jardín. Después de larga pausa, contestó Vinicio:

— ¡Lo sé! Apenas llegué á tu presencia, apenas mi beso acarició tu blanca mano, leí en seguida en tus ojos la pregunta de si había acogido la doctrina que profesas y si había sido ya bautizado. No, no lo estoy aún. Tú misma comprenderás la razón. Pablo me dijo: «Yo te he convencido de que el Señor vino á la tierra y se resignó á morir crucificado para redimirla. Ahora corresponde á Pedro purificarte en la sagrada fuente de gracia, porque fué el primero que impuso su mano sobre tu cabeza y te bendijo.» Pero yo deseo, querida mía, tenerte á ti como testigo de mi bautismo y á Pomponia en calidad de madrina. He aquí por qué no he sido todavía bautizado, si bien creo en el Salvador y en su doctrina. Pablo me ha convencido, convertido; y ¿podía ser de otro modo? ¿Cómo podría negar que Cristo vino al mundo cuando lo dicen Pedro y Pablo, á quienes se apareció? ¿Cómo no creer en la Naturaleza Divina de quien resucita de la muerte? ¿Y no le vieron por ventura muchos otros en la ciudad, en el lago y sobre el monte, personas todas cuyos labios no dan paso á la mentira? Ya en el Ostriano, durante el sermón del apóstol, empecé á creer porque pensé desde entonces: puede mentir cualquiera, pero no aquel que dice: «¡Yo lo vi!» No niego, sin embargo, que al principio me horrorizaba tu religión, por temor de que en su nombre me fueses arrebatada. La juzgaba enemiga de la sabiduría, de la belleza y del amor. Pero ahora que la conozco, dejaría de ser quien soy si no desease que en el mundo reinara la verdad en lugar de la mentira, el amor en vez del odio, la virtud en vez del pecado y en lugar de la venganza la misericordia. ¿Quién que posea nobles sentimientos puede desear otra cosa? Y vuestra fe enseña todo esto. Muchos otros invocan, es cierto, la justicia; pero tu fe es la única que hace justa al alma humana, y pura y fiel como la tuya y la de Pomponia. Es preciso estar ciego para no comprenderlo. Y si fuera de esto, Cristo nos promete la vida eterna y la eterna felicidad, como sólo puede darla la omnipotencia divina, ¿qué más hemos de desear? Si yo preguntase á Séneca por qué es virtuoso, cuando el vicio puede ser fuente de grandes goces, seguramente no encontraría contestación razonable á mi pregunta. Yo, en cambio, sé que debo vivir virtuosamente, porque la virtud y el amor son emanaciones de Cristo y porque cuando venga la muerte á cerrarme los ojos, tú y yo podremos encontrarnos otra vez allá arriba. ¿Cómo no aceptar una fe que no sólo nos enseña la verdad, sino que da pruebas de ser más fuerte que la muerte? ¿Quién no prefiere el bien al mal? Antes creía que tu religión era enemiga de la alegría; pero Pablo me convenció de que, por el contrario, ella es casi siempre fuente de felicidad. Yo mismo no he sido nunca tan feliz como ahora y no lo sería si te hubiese robado y tenido en mi poder á viva fuerza. Tú acabas de decirme: «¡Cuánto te amo!» palabras que antes no hubiera arrancado de tus labios ni por todos los tesoros del mundo. ¡Oh, Licia! La razón nos dice que esta creencia es divina y mejor que todas las demás; el cora-

zón también la aprueba, y quién puede oponerse á dos fuerzas tan poderosas? Licia le escuchaba mirándole con sus ojos azules, en los que se reflejaban los pálidos fulgores de la luna.

— ¡Sí, Marco, así es!, dijo abrazándose á él tiernamente.

Y experimentaban infinito y puro deleite en la convicción de que, además del amor, otra fuerza más grande y más firme encadenaba uno con otro sus corazones, una fuerza que había de consagrar su amor por toda una eternidad. Sabían ambos que se pertenecían recíprocamente y por siempre, y esta seguridad inundaba de gozo sus almas. Además, Vinicio comprendía que su amor no sólo era inmenso y puro, sino de una naturaleza que el mundo no podía dar, porque nunca la había conocido. Para él todo el universo se concentraba en su amor; la doctrina cristiana, Licia, la noche y el resplandor de la luna y el mundo entero le hablaban de amor.

Después de breve pausa, dijo con voz trémula y poco perceptible:

— Tú serás el alma de mi alma, lo que más quiero en el mundo. Nuestros corazones palpitarán al unisono, nuestra vida no será más que un himno de agradecimiento al Altísimo. ¡Oh, amada mía! Vivir juntos, juntos adorar el mismo Dios y pensar que la muerte tendrá el poder de abrir nuestros ojos á nueva y más espléndida luz después de nuestro sueño suave, ¿qué mayor felicidad? No tengo más que el remordimiento de no haberme decidido antes. Preveo que nadie podrá resistir á semejante fuerza y que dentro de dos ó tres siglos el mundo entero lo reconocerá convencido. Los hombres olvidarán á Júpiter, no habrá Júpiter, no habrá más Dios que Cristo, y sólo existirán templos cristianos. ¡Ah! Asistí al coloquio entre Pablo y Petronio. ¿Sabes lo que, en conclusión, dijo mi tío? «¡Esto no es para mí!» y no halló otro argumento en contra.

— Repíteme, te lo ruego, las palabras de Pablo, dijo Licia.

— ¡Sí! Estábamos en mi quinta, era de noche. Petronio empezó á bromear, según costumbre. Pero Pablo le dijo: «¿Cómo puedes negar, sabio Petronio, que Cristo ha existido y resucitado de la muerte si tú no habías nacido aún, mientras que Pedro y Juan le vieron y yo le vi también en el camino de Damasco? Demuestra, pues, que nos engañamos, antes de negar nuestro aserto.» Petronio respondió que no trataba de negar, sabiendo perfectamente que acontecían cosas incomprensibles y sin embargo comprobadas por personas dignas de fe. Pero observó que hay mucha diferencia entre descubrir una nueva divinidad y abrazar su doctrina. «Yo no me inclino, dijo, á admitir cosa alguna que pueda perjudicar á la belleza de la vida. Nuestros dioses serán verdaderos ó falsos, como se quiera; á mí me basta con que sean hermosos y que su dominio sobre nosotros sea agradable y pueda soportarse sin preocupación alguna. — Rechazas la religión del amor, de la justicia y de la misericordia, porque temes alguna pena en la vida, repuso Pablo; pero dime, Petronio, si tu vida está realmente tan libre de cuidados y preocupaciones como te figuras. Ni tú, ni nadie, por ricos y poderosos que seáis, podéis estar seguros de que no os aguarda mañana una sentencia de muerte. ¿No reconocerías también que tu felicidad sería más segura, si César profesase la religión que al amor une la justicia? ¿Tú temes por tus placeres? Pero ¿no sería siempre más agradable tu vida? ¿Por la belleza? Pues ya que habéis levantado tantos templos y tantas estatuas á los dioses falsos, vengativos y embusteros, ¿qué no podríais hacer en honor de un solo Dios de amor y de verdad? Te muestras contento con tu suerte porque nadas en placeres, merced á tus grandes riquezas; pero si fueses y estuvieses abandonado, aun siendo hijo de una familia poderosa, para ti sería una dicha que todo el mundo fuera cristiano. En Roma algunos ricos, para sustraerse á los trabajos y penas que

trae consigo la educación de los hijos, los abandonan en las calles, y esas pobres criaturas se llaman *alumnos*. El hado podía haber hecho de ti un alumno. Esto no sucede entre padres cristianos. Además, si te hubieses casado con la mujer de tu corazón, exigirías de ella fidelidad hasta la muerte. Y ahora, mira en torno, ¿qué sucede por lo regular? ¡Cuánta vergüenza, cuánta torpeza entre vuestras mujeres! Os asombráis grandemente cuando os encontráis con una *univira*. Y yo te digo: las mujeres que tienen á Cristo en el corazón no quebrantan la fe jurada á sus maridos, como los hombres cristianos no serán nunca infieles á sus mujeres. Vosotros, en cambio, no podéis confiar en ninguno de vuestros emperadores, ni en vuestros padres siquiera, ni en vuestros hijos ó en vuestros siervos; el mundo entero tiembla ante vosotros, y á vuestra vez tembláis ante vuestros esclavos, sabiendo que á cada momento puede producirse una revuelta, como ya sucede con frecuencia. Tú eres rico, es verdad; pero ¿quién te dice que no se te obligará mañana á abandonar todas tus riquezas? Eres joven; pero ¿estás seguro de que hoy mismo no has de morir? Tú amas, y temes la traición; eres aficionado á tus quintas y á tus estatuas, pero mañana quizá te desterrarán á los desiertos de Pandataria; miles de esclavos aguardan una señal para obedecerte, los mismos que mañana pueden asesinar-te. ¿Cómo es posible que estés satisfecho y te consideres feliz y que tu vida sea vida de continuos goces? Yo, en cambio, trato de difundir una religión que manda al rey amar á sus súbditos, al señor amar á sus esclavos y á los esclavos servir fielmente á sus señores; una religión que quiere justicia y misericordia y promete como premio la felicidad eterna, infinita, ¿Cómo te atreves, Petronio, á asegurar que tal fe es perjudicial á la vida, cuando la mejora, y tú mismo te sentirías mucho más feliz si pudieses dominar en todo el mundo como el poder romano?» Así habló Pablo. Y Petronio se limitó á responderle: «Esto no es para mí.» Luego, pretextando algún cansancio, se alejó diciendo: «Prefiero á mi Eunica, querido judío, mientras no me sienta capaz de competir contigo en el arte oratorio.» Yo escuché á Pablo con todos mis sentidos, y cuando habló de nuestras mujeres, bendije la religión que había hecho de ti un cándido lirio, como los que brotan al terminar la primavera. Yo me dije: «He aquí á Popea, que por amor á Nerón repudió á dos maridos; he ahí á Calvia Crispinila y á Nigidia y á casi todas las que conozco, excepto Pomponia. Hacen un continuo comercio de su fe y de su honor. La mía, en cambio, no me abandonará, no me engañará nunca. ¿Y cómo demostrarle mi gratitud, me preguntaba, sino rodeándola continuamente de amor y de respeto?» ¿Verdad que tú no hubieras imaginado que en Anzio me ocupaba de ti día y noche, como si hubieses estado cerca de mí? Y te quiero mil veces más, puesto que huíste de mí litera aquella vez. César me tiene sin cuidado; renuncio á sus placeres y á su música, y sólo te quiero á ti. Si lo deseas, abandonaremos Roma y nos iremos á vivir lejos de ella.

Sin separar su hermosa cabeza del pecho del tribuno, sobre el cual descansaba, la joven levantó sus ojos pensativos mirando á los cipreses y respondió:

— ¡Sí, te lo ruego, Marco! ¡Me has hablado tantas veces de la Sicilia, donde Aulo piensa terminar su vida!..

Agradablemente conmovido, Vinicio interrumpió:

— ¡Seguramente, amor mío! Nuestros bienes son limítrofes. La costa es encantadora, el clima benigno, y las noches son más claras y más deliciosas que en Roma. ¡Vivir allá abajo equivale á ser felices!

Y comenzó á soñar con el porvenir.

— Allí desaparece todo temor. Pasearemos por entre los bosques de naranjos y olivos y descansaremos bajo su sombra bienhechora. ¡Oh, Licia! ¡Qué vida la nues-



Vinicio se levantó y dijo: «Son los leones del *Vitarium*.»

tra! ¡Amarnos, juntos contemplar el mar infinito, el cielo azul, juntos adorar á un solo Dios, y vivir juntos siguiendo sus preceptos!

Callaron ambos, absortos en la idea de su futura felicidad. Él la estrechó contra su pecho y en su anillo de patricio se veía reflejar el resplandor de la luna. Todo á su alrededor yacía en el silencio; ni el más leve rumor turbaba la paz de sus almas.

— ¿Me permitirás que visite á Pomponia?

— ¡Sí, querida mía! La invitaremos á nuestra casa ó iremos nosotros mismos á buscarla. Si lo deseas, también llevaremos con nosotros al apóstol Pedro. Los años y los trabajos le han encorvado el cuerpo y le han extenuado. También vendrá con nosotros Pablo para convertir á Aulo Plaucio, y como fundan los guerreros colonias en lejanos países, así fundaremos nosotros una colonia de cristianos.

Licia le cogió una mano para besarla; pero él murmuró á su oído:

— ¡No, Licia, no! Yo soy quien debo adorarte; dame tus preciosas manos.

— ¡Cuánto te amo!

Y Vinicio imprimió un beso sobre la delicada mano de Licia. Durante algunos minutos no se hubiera oído más que el latir de sus corazones. Ni un soplo ligero en el aire tranquilo; hasta los cipreses permanecían inmóviles: parecía como si no se atreviesen á respirar para no turbar tan solemne calma.

De pronto se interrumpió el silencio y pareció que el terrible rumor del trueno se desataba desde las profundas entrañas de la tierra. Licia se encogió atemorizada. Vinicio se levantó y dijo:

— Son los leones del *Vivarium*.

Ambos pusieron atención. Al primer rugido respondió el segundo, el tercero y luego muchos y muchos otros, desde todos los extremos de la ciudad. Millares de leones estaban encerrados en diferentes Circos de Roma, y á menudo, á media noche, apoyando sobre las barras de hierro sus cabezas gigantescas, desfogaban en tremendos rugidos la nostalgia de los desiertos y el deseo de la perdida libertad.

Y aquel llanto inmenso resonaba por la ciudad como el fragor del trueno. Había en aquellos rugidos algo tan amenazador, que Licia, cuyos rosados sueños de un porvenir feliz habían sido bruscamente interrumpidos, sintió oprimírsele el corazón y se levantó temblando.

Pero Vinicio la abrazó tiernamente para animarla y le dijo:

— No temas nada, amor mío; se acerca la época de los juegos y todos los vivares están llenos de fieras.

Poco después volvieron ambos á entrar en la casa de Lino, seguidos de los rugidos de los leones, que iban aumentando en intensidad.

XL

En Anzio, entretanto, Petronio alcanzaba casi diariamente nuevas victorias sobre los demás cortesanos que con él se disputaban el favor de César. La influencia de Tigelino había decaído notablemente. En Roma, donde frecuentemente se presentaba ocasión de quitar de en medio á personas peligrosas y saquear sus propiedades, ó decidir cuestiones políticas, ó representar espectáculos maravillosos por su lujo y su gusto corrompido, ó satisfacer todos los monstruosos caprichos de César, Tigelino era indispensable, como el hombre indicado para todo esto. Pero en Anzio, la ciudad de los palacios reflejados en las azules ondas del mar, Nerón llevaba una vida helénica. Desde la mañana hasta la noche, él y sus cortesanos leían versos, discutían el valor literario de los mismos, hablaban de música, de teatro, en una palabra, de todos los recursos que el genio griego había encontrado para embellecer la existencia. Petronio superaba por la solidez de su cultura así á Tigelino como á los demás augustianos; era elocuente, poseía un gusto exquisito, y gozaba por esto del completo favor de César, el cual buscaba su compañía, consultaba su opinión, le pedía consejo acerca de sus composiciones y le demostraba más amistad que nunca. Les parecía, por lo tanto, á los cortesanos que la influencia de Petronio había alcanzado ya el mayor triunfo que podía desearse, y que el vínculo íntimo entre él y César se había estrechado hasta el punto de no temer una ruptura eventual en muchos años. Por esta razón, aun aquellos que no habían disimulado su aversión hacia el docto epicúreo, empezaban entonces á solicitar su favor. Muchos entre ellos se manifestaban satisfechos de que la balanza se hubiese inclinado de la parte de un hombre que sabía juzgar á las personas y que, acogiendo con cierta sonrisa incrédula las adulaciones de sus antiguos enemigos, fuese por indolencia ó por refinamiento de gustos, no pensaba en vengarse, ni en usar de su poder en perjuicio de los demás. Sentía á veces la tentación de derribar á Tigelino, pero se contentaba con el placer de ponerle en ridículo, haciendo resaltar toda su vulgaridad y su ignorancia. El Senado romano al fin respiraba: mes y medio hacía que no se había pronunciado una sentencia de muerte. Es verdad que se hablaba en Anzio y en la capital de ciertos refinamientos en la vida íntima de Nerón y de sus favoritos, pero todos preferían el César refinado al César embrutecido, como lo era en manos de Tigelino. Éste, sin embargo, no se daba por vencido y entretenía sus ocios meditando en los medios que emplearía para rehacerse. César solía repetirle que en Roma y en toda su corte no existían más que dos almas nacidas para entenderse, él y Petronio, dos verdaderos helenos. La agudeza poco común de este último confirmaba en el pueblo la idea de que su influencia duraría mucho más que todas las precedentes. No existía ni la más remota duda de que César seguiría mostrando su predilección por Petronio, porque, en caso contrario, ¿con quién discutiría sobre música, poesía y otros asuntos de arte? ¿En qué otros ojos podía leer,